

EL PICARO GARCIA

De *Enrique Araya*

Editorial Logos, 1988

La mala vida de todo pícaro, en las novelas españolas de los siglos XVI y XVII, es un producto natural del hambre física, de la necesidad de la caída de las formas históricas en un período que incluye el desastre económico del Imperio y, sobre todo, del vivir sin ilusiones, porque éstas constituyen un punto de partida para recomponer la existencia, esa que es individual en lo plural de la sociedad.

Así, desde *El lazarillo de Tormes* o del *Fray Gerundio*, el mundo de las apariencias se ofrece como un prolijo sucedáneo de aquel que es de verdad (lo cual, sin duda, podría proyectarse como otra forma de ilusión).

Enrique Araya ha ido reeditando, en la vida, a un tipo de héroe —desde *La Luna era mi Tierra* a este *El pícaro García*— capaz de aceptar las tentativas de un proyecto de existencia que incluya el fracaso glorioso, ese que vale la pena considerar como una epopeya llevada a cabo por el revés. Sin duda, esto presupone la ponderación de un punto de vista en donde toda idea, por muy sutil que sea, sirve como desconsideración de una ética triunfante, tan del tipo de las que describe Max Weber, en el análisis de las relaciones entre el capitalismo y la ética protestante.

La verosimilitud de aquel pícaro Arredondo, de *La Luna era mi Tierra*, es tan certera como la del reciente García. El uno y el otro echan su cuarto a espadas en el interior de un orden que suele darles vuelta el rostro, mostrándoles la calle sin salida para sus intereses, afanes y peripecias.

El hábil procedimiento moral del novelista consiste, en este caso, en sacar de sus casillas toda pauta o norma social, dando a entender que el único modo de vivir adecuadamente consiste en probar cómo, al ir acumulando yerro tras yerro, puede sedimentarse un heroísmo sin fronteras, dando ocasión de vivir a lo que salga.

García sabe, que si de apariencias se trata, todo un orden puede hallarse sustentado en una falsa estructura, al modo de una maqueta que procura la sensación de no ser el escenario, sino la construcción ideal; por eso no extraña que busque, en un trabajo de oficina en una repartición pública, su "vinculación interior con los archivos", animándose espléndidamente en un intento para objetivarlo todo de modo perfectamente ínane: "En esa sala no había muebles de metal, con cajones que se deslizasen suavemente; sólo un inmenso anaquel esquelético, con infinidad de nichos descubiertos en su cara anterior. Allí estaban, unas sobre otras, las carpetas llenas de polvo. Sobre cada nicho, un número, y al lado de cada hilera de nichos, una letra. El aire maloliente y un polvillo impalpable que emanaba de las hojas viejas de los legajos secaba las mucosas nasales, dando la sensación de las cosas quemadas. Cogí un expediente, soplé su cubierta levantando una nube de polvo, y emergieron caracteres escritos con tinta: *Importación Maquinaria Panificadora*".

Toda novela picaresca es una historia de aprendizaje, una proposición educativa. Se trata de mostrar a un héroe (o si se quiere un anti-héroe) en pugna con la experiencia acumulada (de la tribu, de la familia, del yo), en un intento de ajustar las cuentas, en un sentido muy libre, con todo cuanto ha dispuesto el ingenio humano para gloria de la civilización.

El pícaro García, como todos sus congéneres, no acepta que se le imponga una línea de acción y más bien pretende desbaratar el orden que le resulta repugnante por su conformismo, deshaciendo los caminos, llegando literalmente, a borrarlos con el fin de que prevalezca su inclinación de hombre nuevo que se niega a ser regulado por el silbato domesticador o por las líneas de acción de la cruzada bien-pensante. Como supone que no vale la pena *empeñarse* a fondo

por nada, pues las cosas no tienen un carácter absoluto ni hay quien —según cree— logre aceptar vivir dejando que el rasero pase por su cabeza y su alma, no cae de bruces en el anonadamiento.

Si en el colegio advierte el narrador que nuestro personaje “habría hecho fracasar cualquier sistema pedagógico”, no hay duda de que se trata no de una ambición puramente formal, sino de un reto a fondo a algo que, para él, carece de sentido: “Entraba en la sala de clases porque era obligatorio hacerlo y por imitación, ya que todos los demás compañeros lo hacían. Una vez adentro, procuraba atender a lo que el profesor hablaba, por estimar que se dirigía a todos los demás y también a él. Pero luego se daba cuenta de que sus exposiciones carecían de interés práctico, y entonces dejaba a todos sus compañeros la tarea de recibir esas vanas palabras. Que dos más dos fueran cuatro, le parecía algo teórico, sin utilidad”.

Con gran fidelidad a sí mismo, el héroe, llevado por Enrique Araya con el ánimo de rescatarlo como arquetipo, invade la existencia rutinaria y la alivia de sus íconos.

Al ir enterándonos de cada una de sus proposiciones, en medio del placer de leer aventuras despojadas de todo cuanto no sea un fondo robinsonista desencantado, sabemos que no habrá de hacer mella en el edificio construido por la costumbre, en la sociedad; pero nos alegra verlo empeñado en hacer que el mundo pierda (o tal vez logre) el equilibrio que se le atribuye. Por ello leer la historia de *El pícaro García* resulta una contribución admirable que admite la gratitud y el afecto por este superhombre —o *peine* social— que vive sin otra demasía que la desconfianza en la rigidez del orden. Por eso, tal vez, le seguimos en su discurso y peripecias con tanta alegría, sin menoscabar los estímulos para que continúe así, en su carácter de solaz de la especie humana.

ALFONSO CALDERON

## LA POESIA DE HUMBERTO DIAZ-CASANUEVA

De *Evelyn Minard*

Editorial Universitaria, Santiago 1989

Una obra trascendente para la poesía de Humberto Díaz-Casanueva y para la iluminación de ciertos estadios de la creación poética general es la significación del libro *La poesía de Humberto Díaz-Casanueva*, de la doctora Evelyn Minard, catedrática de la Universidad de París-Villetaneuse. El volumen viene precedido de un prólogo de Saúl Yurkievich sobre el poeta y la autora.

En su instantánea Yurkievich dice que la poesía de Díaz-Casanueva camina por una “fabulación introspectiva”. Esto es, por un desplazamiento lírico iniciático, el que opera por dentro del ser, por una vía dolorosa que no concede nada a la anécdota, al hecho cotidiano. Aquí parece aplicarse aquello que quería Antonio Machado para el acto poético como primera condición: la eliminación de todo vestigio anecdótico. Algo que el poeta español no siempre aplicó en su propia obra.

Yurkievich anota esta circunstancia aun cuando no insiste plenamente —el suyo es sólo un prólogo— en clarificar esta conducta de socavamiento interno seguida por nuestro lírico en su intento por desocultar algunos procesos crípticos. El texto de Evelyn Minard analiza el hecho por medio de indagaciones que explican el hermetismo del poeta desde el punto de vista del psicoanálisis. Con la teoría de Freud asociada al estructuralismo como medio interpretativo, la autora nos va precisando este universo imprevisible, lo anda y desanda, introduciéndonos en su raíz